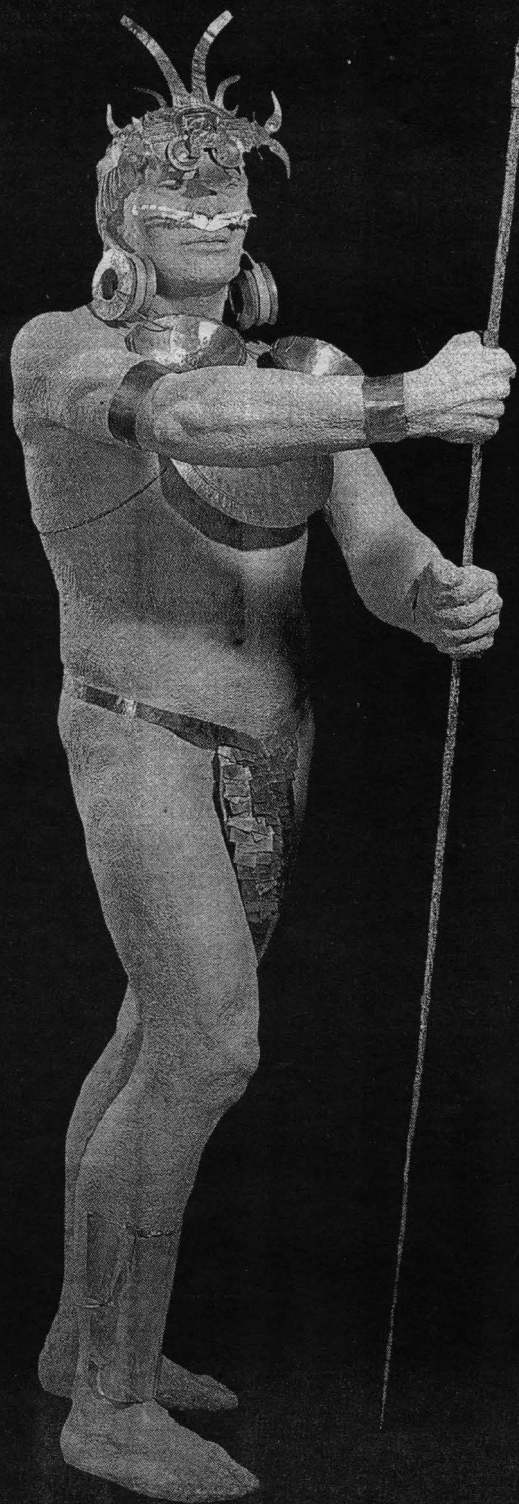


Las riquezas precolombinas

en el Museo del Oro



Fundado en 1939, el Museo del Oro de Colombia se convirtió en la memoria viva de la época de esplendor de los pueblos precolombinos.

Guarda alrededor de 10.000 joyas y sólo una parte de ellas recorre el mundo manteniendo intacta la leyenda del mítico Dorado.

 **Conciencia**
Una mirada profunda

Las figuras olvidadas del Colón

El Teatro Colón y el mundo de sacrificio que se vive en su interior en la búsqueda de la perfección, es uno de los orgullos de Argentina. Historias de locura y muerte no están ajenas al templo de la danza clásica. Muchas veces, cuando la madre naturaleza no premia con la virtud a un bailarín, los esfuerzos por llegar terminan en tortura y conspirando contra el propio cuerpo.

Una de las historias más trágicas del Teatro fundado en 1908 fue la muerte de nueve de sus máximas estrellas, en un accidente aéreo en el Río de la Plata, el 10 de octubre de 1971.

La muerte de cisnes y sílfides

Precisamente Fugamalli fue un recuerdo viviente de la tragedia de 1971. Tragedia que, según pasan los años, de los nueve bailarines fallecidos, los medios, irónicamente, sólo recuerdan a dos, a las dos figuras principales de esos años.

Fumagalli, en «Memorias de gratitud» destaca que los bailarines José Neglia, Norma Fontenla, Margarita Fernández, Carlos Schiaffino, Rubén Estanga, Martha Raspanti, Carlos Santamarina, Sara Bochkovsky y Antonio Zambrana,

en la leyenda popular, encarnaron el prodigio mismo de la danza.

El grupo venía de una gira por el sur del país. El pequeño avión, según relatan las crónicas de entonces, cayó en el Río de la Plata y ninguno de los tripulantes pudo salir con vida. En principio se manejaron dos hipótesis: falló el segundo motor ó bien los pasajeros —presos del pánico— desequilibraron el avión. «El piloto realizó lo correcto: viró con el motor que se había detenido, pero algo ocurrió y cayó como plomo al agua», señala la edición de «La Razón», del lunes 11 de octubre de 1971.

Fumagalli sostenía que ellos, luego de



Angel Fumagalli, escritor, crítico musical e historiador del ballet, por más de 20 años desarrolló su tarea en el Teatro Colón y nos regaló innumerables historias sobre los habitantes de ese templo. El 22 de mayo de este año, Fumagalli falleció en Mar del Plata. Un pequeño recuadro en los matutinos capitalianos recordaba su importante accionar. Historiador oficial del Colón, Fumagalli elaboraba los comentarios de los diferentes espectáculos, especialmente coreográficos, de los programas de mano. Disertante constante por todo el país de temas y protagonistas de la danza, Fumagalli fundó «Buenos Aires Ballet», fue delegado en Argentina del «Anuario de Ballet en Latinoamérica» y secretario del Instituto Cultural Argentino de Música Hispánica Manuel de Falla. Fue profesor de la cátedra de Historia de la Danza, en el Instituto Superior de Arte del Teatro Colón y escribió innumerables artículos periodísticos; entre sus publicaciones se destacan «Olga Ferri y José Neglia», «Cuatro siglos de ballet», y «Jorge Donn», ejemplar que presentó primero en el interior del país que en la Capital Federal (en Venado Tuerto y para toda la región en uno de los acontecimientos más brillantes de 1997, organizado por el Instituto de Artes). Al momento de su fallecimiento, Fumagalli trabajaba en una historia del ballet en el Colón, en la edición oficial del Teatro para el próximo milenio. Su obra quedó trunca, pero para quienes tuvimos la dicha de conocerlo y de su mano recorrer el Colón, jamás olvidaremos su amor por la danza y su legado de permanente difusión.



Nora Fontenla capturada por el lente de Annemarie Heinrich, en *El lago de los Cisnes*. «La muerte de los nueve bailarines fue para esa inmensa masa popular el cruel enfrentamiento con una verdad que no había previsto. Fue la desaparición de lo que era hermoso y que, por ello, no debía morir. Fue la destrucción de esos seres humanos que habían aprendido a amar en contacto cálido y directo.



En 1997, Fugamalli desnudó el alma de Jorge Donn así como su sensibilidad que lo convirtieron en un bailarín universal.

bailar en el ámbito más exclusivo del Colón, **«conformaban una cruzada coreográfica que proponía una suerte de democratización del ballet en escala masiva, intensificando una labor de difusión que otros habían iniciado».**

Protagonistas exclusivos, el grupo había acortado las distancias entre escenario y auditorio y comenzaba a destruir el maligno mito de que «la danza es para unos pocos adinerados». «En ese juego de afecto y admiración integrados, cada espectador hacía suyo al inaccesible «Dios de la danza» que lo deslumbraba desde la escena y lo transportaba a una esfera de ricas emociones e imágenes inolvidables», sintetiza magistralmente Fugamalli. Desde entonces, pasaron muchos años y bailarines, hasta que dos estrellas volvieron a popularizar la danza en Argentina: Julio Bocca y Maximiliano Guerra.

«Habían muerto cisnes y sílfides, poe-

tas, príncipes y héroes. Habían desaparecido los amigos tanto como los bailarines –dice Fugamalli–. Y la tragedia fue en el Plata, atrapados por el río color de león de Jorge Luis Borges, quebrando sueños y esperanzas de un pueblo sencillo que aguardaba aún mucho de ellos. Miles de espectadores extraños al ballet nunca los vieron ni los verán; para ellos son ya un mito antes que una página notable del ballet nacional. Son fotografías ahora patéticas, ornadas de flores o imágenes filmadas que, desesperadamente, tratan de retener lo inaprensible y que el tiempo también borrará. Son nombres pronunciados con voz quebrada y son silencio respetuosos».

En su recuerdo, el 10 de octubre se instituyó en Argentina como «Día de la Danza». Cerca del Teatro Colón pero más aún del pueblo, una fuente, «La fuente de los bailarines», recuerda la tragedia y las enseñanzas de las nueve estrellas argentinas.

Fugamalli y Donn

En la colección «Poetas de la Danza», Fugamalli recuerda la obra de Jorge Donn, uno de los cuerpos escogidos por los dioses para la danza. **«Los amados por los dioses mueren jóvenes. Celosos del éxito de los hombres, los capturan para que sólo bailen para ellos»**, decía Fugamalli a **Conciencia**, en 1997 cuando presentó su libro «Jorge Donn».

En aquella oportunidad, en una charla dinámica, llena de magia, desplegó la vida y las principales interpretaciones del bailarín que dedicó su vida artística al coreógrafo francés Maurice Béjart.

En su obra sobre el artista que enamoró a multitudes a través de los gestos y sentimientos expresados en cada movimiento, expone que Donn sintetizaba un diálogo con la muerte, el amor y la vida.

Para Fugamalli, el tema de la muerte que enriquece la obra bejartiana encuentra en Jorge Donn un artista de rara sensibilidad para percibir la angustia, la desesperanza, la resignación y el misterio que encierra su enigma.

Sin temor, afirma que Donn jugó un sutil romance con «esa Dama fiel y paciente». Pero, que a pesar de la melancolía de su mirada, «Donn será siempre la figura fo-



Jorge Donn

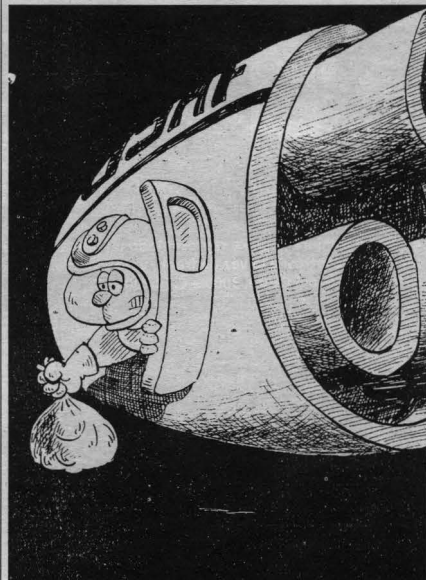
gosa y exuberante que las multitudes idolatrarán en la pantalla cinematográfica y para otros, el delicado bailarín-poeta que nos habló en el tono menor, confidencial, de su lira».

El grupo de nueve integrado por cisnes y sílfides, Jorge Donn, y el propio Fugamalli, murieron jóvenes, compartían el amor por la danza. Los dioses, celosos, los atraparon y, tal vez, ahora se jactan de compartir sólo ellos la magia del baile y de los relatos.

NOTA:
Marcela Carletta
 Asesoramiento
 en textos y material:
 Elsa Marconi de Perrera



GREENPEACE



No hay tiempo
que perder



SUMARIO

Conciencia

Edición N° 228 - 29/10/99

El Informe Diario



- 2 - 3 Homenajes
Las figuras olvidadas del Colón
- 4 - 5 Arte
El oro: sagrado para los indígenas,
codiciado por los conquistadores
- 6 - 7 Reflexión
Escuela de sabiduría:
¿pocos inscriptos?
- 8 Turismo
El Chaltén es el reino de la aventura

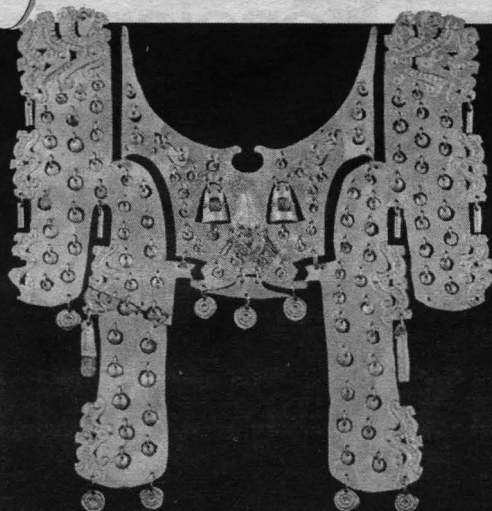
DIRECTOR:
 Jesús Vallortigara

COORDINACION:
 Marcela Carletta

ARTE Y DISEÑO:
 Cristina López Neri

El material puede ser reproducido citando la fuente. Las colaboraciones no necesariamente reflejan la opinión de la dirección de la revista.

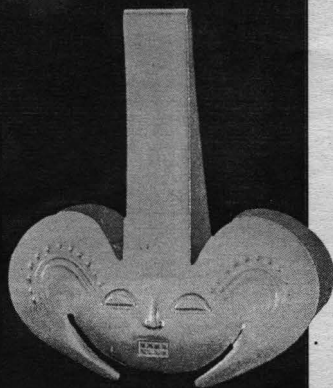
Revista Semanal editada por EDIN S.A.
 HIPOLITO YRIGOYEN 1346 - Telefax (03462) 421155 - 430031
 VENADO TUERTO (Pcia. de Santa Fe) - Rep. Argentina



En esta nariquera aparece representado un jaguar dispuesto a saltar sobre nosotros, a la vez de frente y de costado. (22,1x21,1 cm.) Retrepo, Valle del Cauca, 3000 a.C. - 1.200 d. C.



Trompeta finamente decorada repujando una lámina de oro sobre un hueso tallado. (40x5,6 cm) Palmira, Valle del Cauca - Circa 100 d. C.



A esta pieza de sorprendente diseño no se le conoce función. Pudo ser llevada colgando de los codos (18,00x15,3 cm.) Palmira, Valle del Cauca - Circa 100 d. C.

El oro, sagrado pa codiciado por los

Setiembre fue un mes para que quien visitara la Capital Federal se maravillara con una de las exposiciones itinerantes más espectaculares de América Latina: la del Museo del Oro de Colombia. Magnífica en todo sentido, los tesoros que guarda la entidad, fundada en 1939, deja al descubierto todo el esplendor sudamericano y la genialidad de sus artistas.

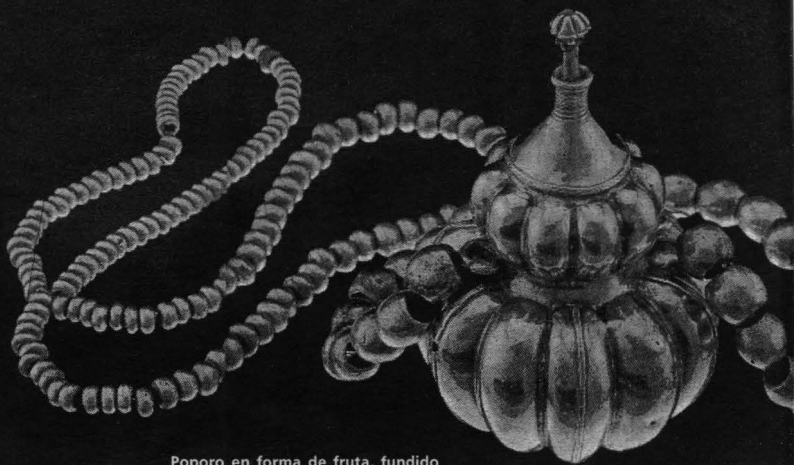
Los viajeros dicen que es más fácil entrar a Santa Fe de Bogotá, la capital de Colombia, por aire que por agua o por tierra. Cada segmento de la ciudad celebrada como «la Atenas sudamericana» y cada milímetro del país hoy convulsionado por la violencia, es una muestra viva del esplendor de las naciones precolombinas.

No alcanzan los ojos, no termina la admiración al contemplar el oro convertido en los objetos más hermosos jamás imaginados.

El Museo del Oro, visita obligada al conocer Bogotá, condensa en el siglo XX un creciente sentimiento de identificación nacional para los colombianos. El mito del Dorado revive con más fuerza al introducirse en las colecciones allí guardadas y se fortalece la conciencia del pasado para comprender la identidad colombiana presente.



Los monos de la selva cercana son un motivo frecuente en la orfebrería y la cerámica Capuli (10,4 cm. de diámetro) Guachucal, Nariño. Capuli, 800 d. C. - 1600 d. C.



Poporo en forma de fruta, fundido para un cacique. Los indios comunes los usaron de calabazos vegetales. (11x9,5cm.) Filandia, Quindío, 200 d. C. - 100 d. C.

Para los indígenas, conquistadores

Diez mil joyas de todo un pueblo

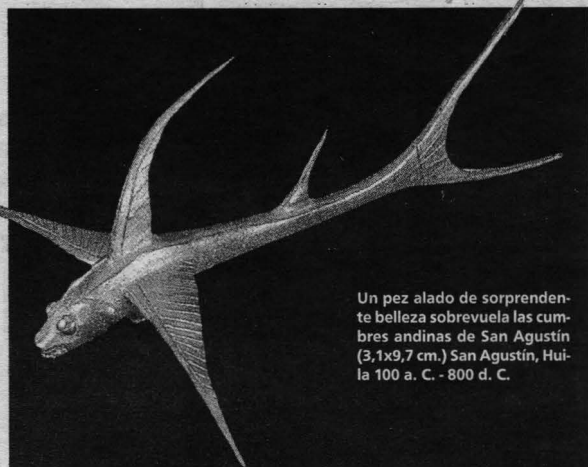
Los libros de historia señalan que a 40 kilómetros de Bogotá existe una catedral inmensa, cavada en las entrañas mismas de un cerro. A diferencia del resto de las iglesias colombianas, esta no posee torre. El cerro es de sal, la catedral es de sal. Hace siglos, allí mismo cavaban los indios, tal como se sigue haciendo hoy. Sacaban de los socavones pedazos de sal o hervían el agua en grandes vasijas de barro hasta quedar sólo la blancura de la sal. Dicen que los indios bajaban con panes de sal y con esmeraldas hasta el valle de Magdalena y las cambiaban por oro.

Cuando llegaron los españoles encontraron en Muzo la mina de esmeraldas y en Sogamuxi el templo de los chibchas con esteras y colgaduras de oro, entre un cercado embanderado:

las banderas eran láminas de oro.

Las esmeraldas fueron tan lejos que el mismísimo pirata Drake robó algunas de las naves españolas, cerca de Panamá, y se las llevó a la reina Isabel. El oro, primero, lo fundieron los conquistadores para hacer monedas con la cara del rey y luego los republicanos para hacer las mismas piezas con la cara del libertador.

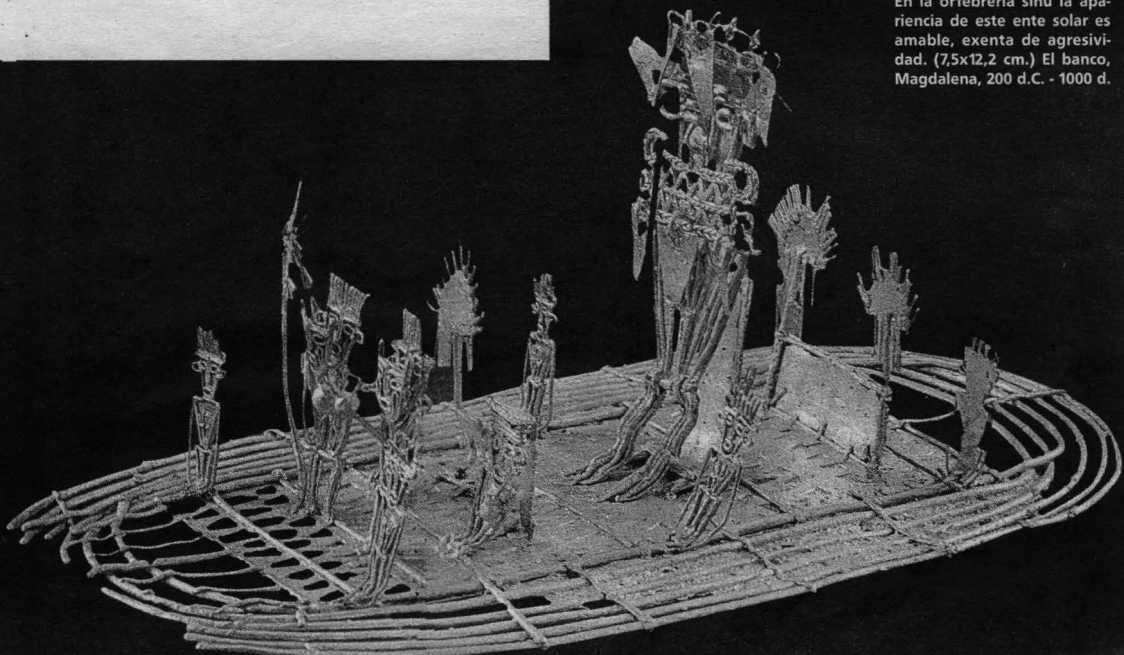
En 1939, el gerente del Banco de la República de Colombia decidió que en vez de fundir las joyas que continuaban encontrándose al profanar las tumbas indígenas se conservaran y se presentaran en un museo. Así surgió el Museo del Oro que hoy figura entre los más impresionantes del mundo y sólo muestra una parte de las 10.000 joyas que guarda. Estos datos hacen pensar que realmente existe El Dorado.



Un pez alado de sorprendente belleza sobrevuela las cumbres andinas de San Agustín (3,1x9,7 cm.) San Agustín, Huila 100 a. C. - 800 d. C.



Colgante en forma de jaguar con la cola levantada. En la orfebrería sinú la apariencia de este ente solar es amable, exenta de agresividad. (7,5x12,2 cm.) El banco, Magdalena, 200 d.C. - 1000 d.



En la balsa muisca los indígenas describieron a su manera la ceremonia de El Dorado en la laguna de Guatavita. Ofrenda votiva (10,2x19,5 cm.) Pasca, Cundinamarca 700 d. C. - 1600 d. C.

Escuela de sabiduría: ¿pocos inscriptos?

Nos pasamos la vida buscando un motivo para vivir hasta que ¡zas!, un día nos damos cuenta de que hemos ido llegando a los tumbos y a la tumba a lugares inesperados, empujados por situaciones que creíamos fortuitas y en verdad fueron causales. Mal o bien, parados en ese crítico punto de observación durante un instante de los pocos o muchos años que hemos tenido la chance de vivir, recién allí miramos el camino recorrido.

Mientras transcurrimos por la prehistoria de nuestro ser, no acostumbramos a echar miradas retrospectivas. Casi siempre dejamos esa importante evaluación para más adelante, como si no importara tanto rectificar o ratificar el camino, como si para alcanzar ese soplo de sintonía nunca hubiera demasiado apremio. Vamos pasando de la teta al chupete y del chupete a teta otra vez, con la misma facilidad con que se hace una tostada.

Living la vida loca nómada, a puro fracaso.

De repente un día nos paramos fren-

te a nuestra propia biografía autorizada y, o nos agarramos la cabeza y quedamos disparar hacia la tierra del nunca jamás lo más pronto posible, o nos decimos qué lástima, qué lástima que este viaje no comenzó mucho antes, qué lástima que perdí tanto tiempo paveando, qué lástima que me queda tan poco trecho por andar.

Por lo general todas estas cavilaciones surgen después de aquella famosa trilogía teta-chupete-teta, pero esta vez, mientras el frasco de suero gotea miserablemente, hasta que el cuerpo dice basta. Y ahí sí que es una lástima en serio no haber vivido como pudimos haberlo hecho.

Es una lástima porque ahí ya es tarde para todo, aunque el refranero persuasivo mienta que *nunca es tarde*.

Modos de transcurrir las edades

Para la mayoría, vivir es subirse al tren y dejarse llevar. Para algunos es jorbar a los demás. Para otros es vivir a

costa de los demás. Y para unos pocos, es vivir para y por los demás. El cómo, ya se verá.

Subirse al tren y dejarse llevar es como haber vivido como el resto del mundo lo ha venido ordenando: raras veces una decisión personal, una actitud contestataria, una voluntad de evolución. Hojas al viento. Eternos gobernados por albedríos impropios. Frecuentemente, estos seres no han conocido sus facultades, no han desarrollado sus potencialidades, no han gerenciado su destino. Las más de las veces, ni saben a qué vinieron al mundo.

Las otras dos categorías son de alguna manera parasitarias. Ellas -por falta de creatividad, por conveniencia o haraganería- son algo así como las franjas chupópteras de la humanidad.

Intermediarias entre las categorías antropológicamente gobernadas y las mandatarias, estas especie de hijas putativas del lazarillo de Tormes, son quienes digitan las variables de ajuste que torturan al mundo que hoy llaman

globalizado. Y así nos tienen.

Vivir para y por los demás, es encontrarle sentido a la propia vida, dándole sentido a otras. Ahí sí que no se pierde tiempo, esta es una inversión inmensurable que beneficiará a ambos.

Vivir por los demás es una donación. Vivir de los demás, una traición.

No solamente la Madre Teresa fue un ejemplo de donación. Hay miles de hombres y mujeres que anónimamente han encontrado en esta tarea el sentido de sus vidas, desde el correcto empresario que distribuye equitativamente sus ganancias -pasando por toda la gama posible de hombres justos- hasta el filántropo en estado puro, que precisamente no es aquél que blanquea capitales de nefasta procedencia.

Los que saben vivir, también saben de memoria que es mucho más gozoso dar que recibir, aunque recibir sea en sí misma, una inexcusable bendición que llueva del cielo.





¿Cómo aprender a vivir?

Se aprende en la escuela de la sabiduría: el mundo, esa múltiple universidad no siempre gratuita. En ella atravesamos por la experiencia, y si la sabemos invertir, nos brindará beneficios extraordinarios. Qué mayor sabiduría que aprender a escuchar la voz de nuestra conciencia. Pero claro, no buscamos el tiempo necesario cada día como para rectificar o ratificar el trayecto recorrido. Seguimos y seguimos así por inercia, inaugurando nuevos errores, nuevas maniobras distractivas, girando sobre nosotros mismos como muñecos de cuerda.

No deberíamos interpretar como casual nuestro paso por el planeta. Cada uno de nosotros formamos parte de un plan divino, que tenemos la obligación de ir descubriendo jornada tras jornada.

Resulta primitivo por ejemplo, salir a la vida cada mañana sin tomar conciencia de lo importante que es estar vivos ese día, porque si lo estamos, por lo menos deberíamos preguntarnos por qué. ¿Qué tarea magnífica tendremos asignada por nuestro Creador para este día, como para merecernos el privilegio de echar a andar sístoles y diástoles?

¿Cómo no maravillarse de la escenografía natural que nos rodea? ¿Dá la cosa como para pasar de largo al lado de los jazmines de variada clase, los lirios, las rosas y los tilos tan aromáticamente generosos, sin pensar: **gracias Dios mío por el sentido del olfato?** ¿O para no detenerse frente a un lapacho rosado en flor recién estallado, frente a la filigrana de los limpiatubos, frente a la rubicundez del liquidámbar, frente a la paleta de colores caída como al descuido sobre el verde tierno de los jardines, sin decir **gracias Dios mío por el sentido de la vista?**

¿Es justo esperar la noche para meterse a beber en un bar de humos pegajosos, o en una discoteca destruyetimpanos, sin antes haber constatado si el cosmos aún sigue ahí, con su preciosa escenografía que parece haber sido creada para goce de nuestros ojos, y para demostrarlos elocuentemente y por comparación, nuestra estatura verdadera?

¿Sabe alguien que esa «estrella» gorda que nos vigila desde el cielo, es nada más y nada menos que el planeta más grande de nuestro sistema solar, el hermoso Júpiter con sus catorce satélites, de los cuales cinco son perfectamente visibles con un telescopio? Esa bella pelota lanzada al cosmos por mano divina, con sus cinturones de gas colorido nos da la bienvenida cada noche junto a su hermano en el viaje orbital, el estrabótico

Saturno, vestido de invariable camión blanco y rodeado de esa mágica aura que nos quita el aliento de tan sólo verla.

¿Y Venus que parece un tren nocturno a punto de atropellarnos? ¿Y la Luna de talco con sus encajes de broderie bordados? ¿Y la Vía Láctea, ese barrio estelar tan populoso?

¿No lo han visto? ¿No lo conocen a través de un telescopio? Tan sólo para que no se pierdan ese itinerario turístico tan escasamente publicitado por los intermediarios, los invitaría a formar la Múltiple Universidad de las Locas Almas Despiertas.

Telescopio tengo, ojos tengo, nariz tengo, orejas tengo...podríamos andar por la vida sin verla de memoria, disfrutando goce tras goce del cosmos, de la naturaleza viviente.

¿Cómo no quedar patitiosos de la emoción después de ver un colibrí libando dentro de una campánula? ¿Cómo no extasiarnos cuando llevamos a la boca un trozo de pulpa de sandía llena de cristales azucarados color rojo fuego, o el zumo vivificante de una fresca naranjita correntina suspendida a dos centímetros de nuestros labios?

El mate y las facturas es lo de menos muchachos. Aquí importa llevar a la Múltiple Universidad nuestras locas almas bien despiertas. Soy alumna crónica, he tenido que repetir muchas veces la misma materia, aunque en otras, he avanzado casi milagrosamente. Pero sigo allí. Por ahora no hay graduación a la vista.

¿Sabe qué pasa?, que quiero estar preparada y vivir cada día como si fuera el último. Qué mal le pagaría a mi Tatita si recién durante el último aliento me acordara de que debí haber observado, debí haber saboreado, debí haber olfateado, debí haber acariciado, debí haber vivido con todas las maravillosas herramientas que Él me donó para poder hacerlo.

Mire, no se asuste de las elucubraciones que elabora mi alma loca. En primavera tiene esta costumbre de ponerse desmesurada. Pero es mansa la pobre, usted puede acercarse sin temor a que le arranque un dedo. También puede enriquecerla, darle coraje, darle aliento, por si le falta...

Que se enloquezca el alma es la mejor manera de demostrar que aún se está vivo.

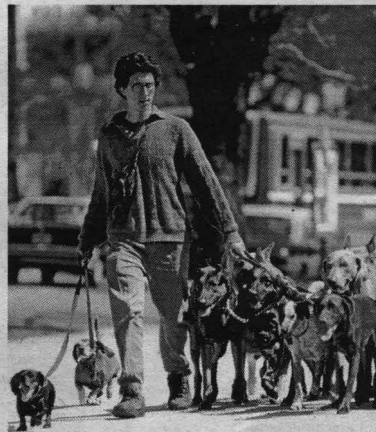
Confío en su franqueza amable lector: usted puede ser mi cómplice. O yo, el suyo.

NOTA:
Cristina Rosolio
abel@vol.com.ar

ILUSTRACIÓN:
Enrique Demarchi

Conciencia
Una mirada profunda

En cualquier momento, habrá paseadores de personas



Esta semana, John Fernández, desde Internet, ofrece una foto de paseadores de perros, un oficio típico en las grandes capitales. Con un promedio de cien pesos por perro, por un paseo de cuatro horas, de lunes a viernes, no es tan mal negocio, sobre todo para estudiantes y desocupados. No obstante, el veterinario Alejandro Goldman, de la Capital Federal, recomienda que uno mismo pasee su perro.

Roberto Vacca, historiador y director del programa de tv. «Historias de la Argentina», a partir de la imagen, escribió el texto.

Los porteños, se sabe, siempre tienen conflictos con sus sentimientos. La ciudad parece engrillar sus pasos, limitar el sentido de sus vidas, hacer de lo provisorio un gesto definitivo.

Entonces, lo que surge como solución del momento se convierte en hábitos que engendran nuevos oficios, eternas modas, situaciones que se incorporan a la cultura de la ciudad. Así nacieron, por ejemplo, las guarderías infantiles, los geriátricos y... los paseadores de perros.

Las guarderías infantiles son depósitos de niños cuyos padres no pueden ocuparse de ellos por razones laborales; los geriátricos, depósitos de ancianos cuyos familiares no pueden ocuparse de ellos por razones de espacio y los paseadores de perros una precaria solución cuando no se tiene dónde dejar la mascota.

Eludir el compromiso parece ser el comportamiento de una multitud de porteños que quieren tener más cosas de las que pueden. El resultado final de tanta codicia es una sensación de soledad que una por igual a niños, ancianos y mascotas. No será nada extraño que en pocos años más, las calles de Buenos Aires se pueblen de paseadores de personas. Un oficio novedoso y, seguramente, rentable.

Roberto Vacca: rvacca@sinetis.com.ar

Turismo

El Chaltén es el reino de la aventura

Los bravíos aborígenes tehuelches la llamaban Chaltén y se hincaban ante la majestuosidad de esa montaña sagrada que los desafiaba con sus paredes verticales de puro y durísimo granito.

En la lengua aonikenk Chaltén quiere decir 'montaña que humea', y los tehuelches creían que era un volcán. Después llegó a esa comarca andina de Santa Cruz el Perito Moreno y la bautizó Fitz Roy, nombre del primer andinista que llegó a su cumbre.

Sus 3.375 metros de altura la convirtieron en una de las montañas más difíciles del mundo y también en codiciada meca para los montañistas del planeta. Montañistas que comienzan a llegar en octubre, cuando la primavera alienta los primeros brotes en bosques y prados.

El Chaltén, su nombre primitivo, es ahora el del pequeño pueblo fundado estratégicamente el 12 de octubre de 1985 en la confluencia de los ríos De las Vueltas y Fitz Roy, en un amplio valle glaciar y en la entrada al Hielo Continental Patagónico. Y muy cerca, también, de la frontera con Chile.

En poco tiempo las doce casitas con las que nació el poblado se convirtieron en cincuenta, y los poco más de treinta pobladores en 300. Familias que eligieron una vida nueva y que vinieron, esperanzados, del noroeste y de la Mesopotamia, de Cuyo y de la Patagonia Alta. Y donde también se afincaron 21 chilenos, un holandés, un alemán y un italiano.

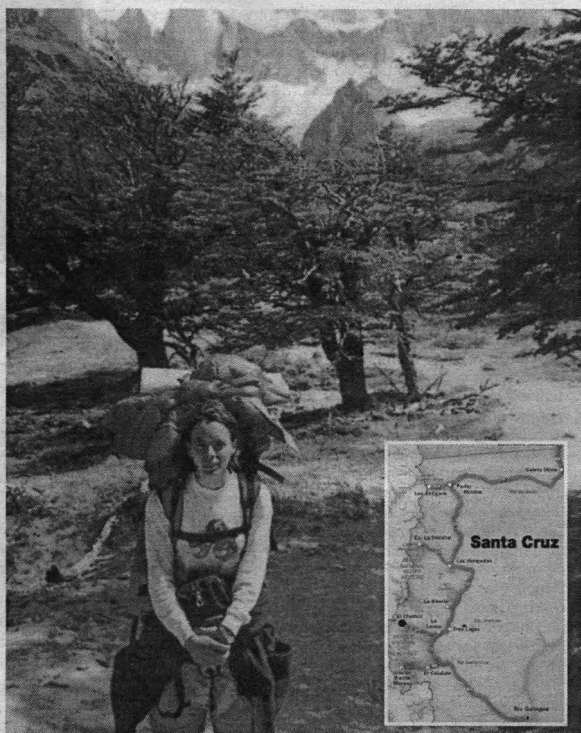
Si el Fitz Roy fue siempre un inmenso imán para los aventureros del planeta, el pueblo, al pie del coloso, fue para ellos el **gran albergue**, el sitio desde donde empezar a medir fuerzas con el gigante pétreo. Y al abrigo del pueblo nuevo se lanzaron a conquistar las agujas graníticas del Fitz Roy y del Torre, que emergen entre hielos milenarios, bosques y lagos, dentro del Parque Nacional Los Glaciares.

Cumbres altísimas que también tentaron a Alberto del Castillo, un guía de montaña internacional que se dio el gusto de subir varias veces a las cimas de esos cerros y también a las del Poicenet y el Guillaumet.

Alberto tiene una escuela en la que enseña escalada en roca, nudos, seguridad y rapel, que se aprenden en un día, o en dos si se agrega la escalada en cordada. También enseña a usar piquetas y grampones, y las técnicas básicas para avanzar en hielo y nieve y atravesar pasos helados.

Los instructores son fanáticos de la vida en la montaña y expertos en rescates en grietas y progresión en cordada. Ellos saben que esas tareas son fundamentales para realizar travesías glaciares y ascensiones de montañas nevadas.

Venerada por los tehuelches, es una de las montañas más difíciles del mundo para los andinistas y dio vida a un poblado en el que conviven argentinos, chilenos y europeos. Seis mil turistas llegan anualmente a la montaña sagrada para tratar de conquistarla.



Pero El Chaltén no es sólo el cerro Fitz Roy. En sólo dos días se puede alcanzar la cima del Cerro Eléctrico, de 2.183 metros, una expedición en la que se duerme en un campamento intermedio, y también subir a la cumbre del Cerro Solo, de 2.121 metros, donde son necesarias las técnicas básicas de hielo.

Un paseo clásico es el **trekking** al glaciar Torre, excursiones que combinan caminatas por el hielo con cabalgatas. Y para los avanzados están las expediciones al Hielo Continental, de 9 días, donde se realizan caminatas glaciares, campamentos en el hielo y **trekking** por valles boscosos.

Mucho más fácil es llegar hasta el campamento base Jim Bridgwall, que está en las nacientes del río Fitz Roy, y mirar en la Laguna Torre los témpanos que se desprenden del Glaciar Grande.

En este circuito los guías se detienen

en los lugares exactos en que las aguas reflejan la silueta del cerro.

El campamento base más visitado es Piedra del Fraile, sencillamente porque desde allí se ve la soberbia ladera noroeste del Fitz Roy. Un campamento en el que hay un camping muy bien equipado, un refugio para mochileros y varias cabañas.

Visitar El Chaltén es también llegar hasta el Lago del Desierto, el **lago de la polémica**, que está al pie de la cordillera andina. Desde la punta sur del lago se organizan caminatas de cinco horas hasta el otro extremo, la punta norte, donde está el puesto de Gendarmería.

Los fríos números dicen que unos seis mil turistas visitan cada año la montaña sagrada. Son viajeros que cargan historias y mochilas y que hicieron de El Chaltén la 'capital nacional del trekking'.

Los lugareños cuentan que algo de

aquella magia que los tehuelches le prodigaron a la montaña sagrada perdura en el rosado naranja de las nubes, cuando amanece, y en el gris acero que envuelve las altas cumbres al atardecer.

Historias del pueblo nuevo

El primero y único niño que nació en El Chaltén en 1987 se llama Felipe Lara y vive en los Estados Unidos. Y Elías Rivero, oriundo de Río Mayer, en Chile, se nacionalizó argentino, vive en el pueblo nuevo y le gusta que le digan 'Pajarito' porque canta y es libre.

De la madre de Felipe sólo se sabe que se llama Raquel, que le decían 'La Gringa' a punto de tener su hijo. No hubo tiempo de llevarla a El Calafate, por eso el niño fue el primero al que se registró como nacido al pie del Fitz Roy.

El que recuerda el nacimiento de Felipe es el doctor Luis Cerra. «Ese año -dice- yo trabajaba en Tres Lagos, muy cerca de El Chaltén, cuando me avisaron que en el puesto sanitario estaba 'La Gringa' a punto de tener su hijo. No hubo tiempo de llevarla a El Calafate, por eso el niño fue el primero al que se registró como nacido al pie del Fitz Roy».

En cambio, a 'Pajarito' se lo ve todas las mañanas, desde hace seis años, repartiendo tubos de gas mientras canta. «A veces, también hago de guía de turismo», confiesa. Elías tiene 56 años, es soltero pero afirma que «la soledad no me pesa porque todas las mañanas miro la montaña y ella está allí, mirándome a mí».

A la par de su rancho Elías está construyendo una casa con bloques sólidos de concreto, toma unos amargos, y recuerda que llegó a la Argentina cuando tenía apenas once años. Después, cuando 'volaba' de estancia en estancia trabajando como peón, se le hizo costumbre garabatear versos y poemas y se recibió de bohemio soñador.

«Alguna vez -confía- escribiré un libro con las historias de El Chaltén. Para contarle a la gente cómo es el silbido del viento patagónico, el murmullo de las cascadas y las travesuras de los duendes tehuelches que siempre me hablan».